

teorías sociales del estoicismo, lo que suele dejarse en la sombra; lo que más importa poner a la luz, lo que conviene conocer mejor en una verdadera historia de la moral, del derecho y de la civilización.

Nunca hasta entonces se presentó doctrina alguna de fondo más humano: tal es el sentir de Séneca y de Montesquieu. Jamás hubo filosofía tan viva y de tan clara conciencia del derecho universal y de la unidad del género humano. La floración de esta grande y fuerte religión humanitaria fué sin duda el hecho más considerable de la historia moral del Occidente,

y quien de ello no se dé cuenta suficiente, sólo se formará una falsa idea de los progresos de la civilización. Ella fué la que reveló al mundo ese principio de unidad, de universalidad, de catolicidad de que, después del Imperio, la Roma papal heredó, y que depurada de todo dogmatismo, de todo misticismo, puesta en su punto, vivificada y fecundada por la ciencia moderna y la evolución natural del alma colectiva hará, en fin, surgir y radiar sobre la tierra, con la libertad y el amor fraternal, la armonía y la paz.

PAÚL GILLE

La Iglesia y la Masonería

Hete a nuestros buenos electores franceses alistados y regimentados en los diversos partidos políticos: cada uno de ellos, según su situación social, sus tradiciones de familia, la escuela que le educó y el periódico que lee, se declara realista, conservador, liberal, progresista, radical, radical-socialista, socialista independiente o unificado... Todo esto forma muchos partidos, y si todos se ponen a reclamar a la vez la realización de su programa, va a resultar un bonito batiborrillo. Todos los problemas sociales, políticos, económicos, religiosos, etc., van a plantearse simultáneamente. Nadie va a dar pie con bola.

No importa; Durand I, ciudadano rey de Francia, es un buen hombre, pero es un buen espíritu simple. Bien quiere interesarse en el juego de la política, pero a condición de que pueda hacerlo fácilmente, sin fatigarse el cerebro. Es necesario, pues, que intervenga una especie de director para poner orden en la lucha, sacar los actores a la escena, uno después de otro, concentrar toda la atención del público sobre una sola cuestión y cambiar a tiempo las decoraciones.

Para esto los hacendistas disponen de dos máquinas admirablemente organizadas que, distintas de los parti-

dos políticos, les penetran, les escudran y les hacen mover a su antojo.

Estas dos máquinas son la Iglesia católica y la Masonería.

La primera¹ es la más antigua. Cerca de cuarenta mil curas están diseminados sobre todo el territorio francés; no hay una sola aldea sin que tenga por lo menos uno. Este hombre está en contacto constante con la población; más instruido casi siempre que la masa de los habitantes, investido cerca de los devotos de un gran prestigio moral y religioso, no teniendo otra cosa que hacer entre dos misas más que ocuparse de política, es generalmente un agente electoral tanto más influyente cuanto más discreto es su papel.

El programa de los partidos le es indiferente: el cura es realista aquí, más allá republicano, más lejos progresista; hasta los hay que se titulan vagamente socialistas si se trata de conquistar votos obreros. Pero todos obedecen como un solo hombre al Obispo, los cuales obedecen al Papa. Que se trate de una cuestión de cultos, de

¹ Bien entendido que no encaro aquí la Iglesia católica sino bajo su papel político.

Desarrolla también una acción religiosa, moral y social muy poderosa que la hace temible en extremo. Pero se necesitaría todo un libro para describir sus resortes. Me limito aquí a describir su papel en el juego de los partidos.